

1878

**VILA, EMILIANO.** *El medio social y el arte.*  
**VILA, EMILIANO**

*El medio social y el arte* / Emiliano Vila. – Lima, 1878.

24 h.; 22 cm. Textos manuscrito.

Tesis (Bach.) – UNMSM, Facultad de Letras, 1878.

Contenido: “Me limitare a este costo ensayo a bosquejar a grandes pinceladas la influencia decisiva que ejerce el medio social sobre le desenvolvimiento, del arte, ensayo que más bien debe considerarse como los preliminares nudos, de una extensa y acabada obra reservada a más a preclaras inteligencias...”.

Ubicación: Archivo Histórico, UNMSM.

**Caja: 77(176)**

**Folio: 251-274**

I

Señor Decano:

Señores:

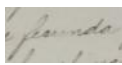
La vida del pensamiento no se desliga aislada y como ignorante de la vida que anima a los otros pensamientos y a la agitación con que se fecunda<sup>2</sup> y desenvuelve el mundo exterior; su existencia mánela<sup>3</sup> alimentada por las otras existencias, sus progresos los recibe de los demás progresos, la ruta que recorre esta trazada de antemano por las influencias que le rodean y así como los productos de la tierra se sujetan en su vida y desarrollo al aire, al clima al terreno en que se fecundan y florecen y a otras causas naturales así el pensamiento, estrechamente enlazado al centro que le vivifica, tiene que sujetarse, en su existencia y progreso, a todas las emergencias provenientes de las influencias exteriores.

Este hecho de general aplicación, cualquiera que sea el ejercicio a que se entregue el espíritu humano por sensible que sea la labor al que aplique sus fuerzas, se hace sentir muy especialmente, tratándose de la actividad desplegada por el pensamiento en las augustas regiones del arte. A manera de la delicada logró que ahora brilla con toda su esplendidez y lozanía, ahora se ostenta con frágil tallo y deslucidos hojas, según la naturaleza benigna o por favorable en que se sustenta. Ahora levanta orgullosa espléndida corola, al de súbito, se abate marchitada por el soplo destructor de mortífero huracán, el arte que vive y se nutre de la savia que le suministra la naturaleza y la sociedad, florece si estos se convierten en otras tantas finitas abundantes en inmortales inspiraciones retrocede o se estanca, si aquella sólo presenta esencias ávidas y deslucidas u obliga al hombre a, consagrarse exclusivamente a su cultivo, o si esta, organizada sobre bases perniciosas, la hace absorber una atmósfera, de opresión y oscurantismo que debilita su energía y esteriliza su poder, o, finalmente se prostituye y sucumbe<sup>4</sup>, victimado por el furioso vendaval de desencadenadas pasiones.

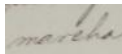
---

<sup>1</sup> inicio de folio 252.

<sup>2</sup> En el texto original se escribe de la siguiente manera:



<sup>3</sup> En el texto original se escribe de la siguiente manera:



<sup>4</sup> inicio de folio 253.

Si la tarea que motivan materias, de esta naturaleza no fuera del suyo tan ardua es sólo son dignos de emprenderla espíritus más desarrollados y mejor favorecidos que el medio, o sino fueran tan exiguas las fuerzas que le animan, emprendería, en este reducido trabajo, el estudio de una materia tampoco explotada visa en conocimientos de valor inapreciable y fecundan en aplicaciones, de alta trascendencia. Más, teniendo que conformarme a lo que la realidad exige, esto es, a mis muy limitados conocimientos, y siéndome, por otra parte, forzoso reducir mi obra, a las menores, dimensiones posibles, a fin de no fatigar vuestra benévola atención, me limitare en esta tesis ensayo a bosquejar, a grandes pinceladas la influencia decisiva que ejerce el medio social sobre el desenvolvimiento del arte; ensayo que más bien debe considerarse como los preliminares nudos, de una extensa y acabada obra, reservada a más preclaras inteligencias. Pero como, aún reducido a estos límites, el asunto ofrece gran complicación y a medida que se puedan abaratar mejor en su general estructura, aparecerán más claras las doctrinas, dividiré el conjunto en dos partes: en la primera es estudiare aislada y someramente algunas de las principales manifestaciones del *Medio Social*; y en la segunda manifestare la historia, de sus relaciones, con el arte.

## II

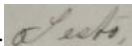
Señores:

Si agitado y variable es el espíritu humano en su desenvolvimiento, no menos complicado y sujeto a bruscas transiciones es el proceder general de universo; centro en el que se amalgaman las más encontradas aspiraciones y a dónde van a fundirse dos opuestos principios que aspiran al gobierno, de las sociedades, ofrece tan variados matices en sus procedimientos, como distintos son los grados de cultura y diversas las tendencias, del espíritu: jamás un sistema de organización social ha podido jactarse de haber dado su ley al mundo<sup>5</sup>, ni alguna religión, por civilizadores que hayan sido sus dogmas, cuenta entre sus glorias de la de haber regido la conciencia universal. Han habido si épocas excepcionales en que en una gran parte de las sociedades se ha realizado este fenómeno, pero en las otras fracciones de la gran familia humana, han hecho sentir su poder distintas influencias y contrarias opiniones. De esto<sup>6</sup>, porque si

---

<sup>5</sup> inicio de folio 254.

<sup>6</sup> en el texto original se escribió:

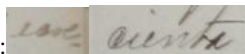


comunes son los destinos de los hombres y si iguales principios reglamentan las acciones humanas, conforme a la mente de un legislador supremo, múltiples son los medios que conducen a unos mismos fines, anchurosas y variadas son las vías que inequívocamente ponen al hombre en el ansiado término de sus aspiraciones. Además, no todas las inteligencias disponen de iguales fuerzas, ni sus destinos se les presentan con la misma claridad; la exigüidad de aquellas implica progresos lentos y muy limitados, el poco conocimiento de estos se significa extravío a luchas penosas que, a veces, engendran el desaliento, pero que, por lo general vigorizan al alma robusteciendo su poder. Finalmente, los progresos internos jamás permanentes en ese mundo invisible del espíritu; a medida, que este ensancha sus conocimientos y, con ellos, se asienta<sup>7</sup> sus aspiraciones, a medida que marcha de conquista en conquista, y de progreso en progreso, va trasluciendo sus defectos y embelleciéndolo con nuevas cualidades. De aquí, señores, que el medio social presenta los más variados y complicados matices; ahora se presenta bajo la forma de la religión, ejerciendo influjo decisivo sobre la vida intelectual y externa, ahora se oculta bajo el ropaje de las instituciones políticas, envileciendo o elevando las condiciones del hombre, ahora se vale de la instrucción y de las costumbres para facilitar a la inteligencia del corazón la consecución de la verdad y del bien, ahora en fin manifiesta su poder en los tipos humanos, de belleza que ofrece al artista para que tome los elementos que necesitare en la realización de su ideal.

La religión<sup>8</sup>, una de las más trascendentales manifestaciones del medio social, es, señores, una de las más imperiosas necesidades de nuestra humana condición. Ella es el alimento cotidiano que nutre y vigoriza, a la inteligencia, es la santa aspiración que siempre la ha dominado, fecundándola, y la fuente abundosa de todas las alegrías a la par que el eficaz lenitivo de todas las calamidades y miserias. Concibo un hombre de instintos feroces y cuyos execrables apetitos muy poco o nada le diferencien de los más inmundos animales; concibo seres que por un lamentable extravío, niegan o confunden sus destinos eternos con los caprichos fugaces de sus pasiones; describo, en fin, ateos por cálculo, no por convicción. Pero, señores, repugna a la naturaleza humana, subleva<sup>9</sup> y espanta al corazón, el simple hecho de suponer la existencia de un hombre sin

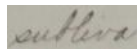
---

<sup>7</sup> en el texto original se escribió:



<sup>8</sup> inicio del folio 255.

<sup>9</sup> De indignar o crispar. En el texto se ve así:



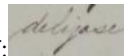
convicciones religiosas ¿sería eso vivir? Si, como bruto irracional; no, como ser inteligente; porque sin religión vejeta el hombre extraño al movimiento de los demás espíritus; sin relaciones con el pasado, sin aspiraciones para el porvenir, vagando solitario y embrutecido, deslízase<sup>10</sup> su existencia como la de la bestia irracional, ignorante de lo que es y de lo que puede llegar a ser, mediante el desenvolvimiento de sus fuerzas intelectuales: si nada que le inspire amor a la vida, porque no sabe de dónde salió y a dónde van a parar, desconociendo esas funciones celestiales que transforman y suavizan a los espíritus religiosos, respira sin sentir la vida, ve, con el indiferentismo del inerte mineral, el ahogue de las pasiones, la colisión de encontrados intereses, el derrumbamiento de los imperios, el trastorno de las sociedades; nada le atrae, nada le seduce; está muerto para el existencia individual, fase en somnolencia vil, sin admirar lo que hay de grande en las aspiraciones humanas, lo que hay de sublime y celestial en cada una de las obras del ser supremo.

Esas bestias sanguinarias, que se encubren bajo la imagen del creador, tienen sus dioses y su culto a ellos<sup>11</sup>, atribuyen sus pesares y alegrías, la satisfacción de sus deseos, la religión de sus ensueños, y, en general, todos los actos de su vida, aún los más triviales, los sujetan al querer supremo de la divinidad que los engendrara. Los hombres que se dejan atraer por el resplandor de traidoras seducciones y que olvidándose de sí mismos y de su encumbrada posición en escala de los seres, no tiene más móvil que el impulso de una desordenada pasión, siempre poderosa y sola dominante, cuando salen de su embrutecimiento o en los momentos deslucidos, durante la frenética locura que nos lleva a estrellarse en el precipicio que irreversiblemente encuentran al fin de su carrera reflexionan sobre su presente miserable y sobre su vergonzoso pasado; muchos, horrorizados de si mismos invocan la misericordia de ese Ser Supremo por tanto tiempo desconocido; otros no concibiendo como los elementos no se han desencadenado para victimarle, por la oprobiosa serie de infames actos con que han escandalizado a la sociedad, creen imposible su regeneración, y se precipitan con furor en su nuevo océano de atrocidades y miserias cuyo sombrío término es una desventura sin fin. Por último, esos audaces ateos que blasonan de su incredulidad, esos necios que miran con desdén la grandiosidad y la magnificencia de la creación, atribuyendo su existencia a una fatal casualidad, pretenden, en vano, sofocar con sus falacias impulso irresistible de su

---

<sup>10</sup> De correr o fluir. El texto original se encuentra así:

<sup>11</sup> inicio del folio 256.



corazón que nos lleva a creer; con el estruendo de sus pasiones tratan de ahogar su fe, pero felizmente su misma filosofía atea no hace sino confirmarles el existencia del Ser que se dignó darles vida; su razón, ese rayo divino que coloca a la humanidad en la cumbre de todo lo creado, por más que desea hundirse en una triste aberración, flota por encima del todos esos degradantes errores, más, por desgracia, sin bastarle energía para obrar sobre la voluntad y singular capricho de la naturaleza humana; se prefiere dar al hombre un origen oscuro y que nada significa para su grandiosidad, a concederle el honor sublime de haberse salido<sup>12</sup> de las manos celestiales de un Ser Omnipotente.

Ahora bien, señores, la religión, como que reasume en sí todas las aspiraciones legítimas de la humanidad, ofrece sobre las sociedades el más decidido influjo: ella imprime a las ideas, a los sentimientos y a las tendencias que agitan al corazón el impulso que es más conforme con sus necesidades, y le fijan el sendero más adaptable a sus doctrinas; ello forma el espíritu de los hombres y de las sociedades; desde su infancia se apodera de las inteligencias, y les va inculcando sus ideas, las amolda a sus deseos, de modo que adueña de los resortes a impulsos de los que se mueve la actividad humana, hace que el hombre se preocupe incesantemente de ella; es por esto que el arte se encuentra indisolublemente ligado a la religión, al extremo que no es aventurado decir que la historia de los progresos artísticos es la historia de las conquistas religiosas; de ella recibe la más rica savia que la vivifica si le da su lozanía, a ella ocurre en pos de sus inmortales inspiraciones, y siempre, en feliz consorcio con ella, produce esas obras intachables en las que parecen reflejarse algunas de las infinitas perfecciones desde divinidad.

Mas no siempre son proficuos los frutos que se obtienen de esta alianza; cuando la religión consagra un culto vergonzoso u obsceno que exige sacrificios afrentosos, cuando la religión es infame hasta presentar a la adoración, de sus prosélitos divinidades impuras, como la Mithra de los persas, la Astratea de los fenicios, la Anaitos de los armenios, la Milita de los caldeos y la Nenus de los griegos, cuando, en fin, en vez de elevar al hombre a la contemplación de sus destinos eternos, le hace olvidar el fin sacrosanto para el que fue creado y engendra en su espíritu mayor apego a la materia y a los goces de los sentidos, entonces, lejos de remontarse el arte a las tranquilas regiones de la inteligencia, lejos de abismarse y complacerse en los deleites puros del espíritu, se

---

<sup>12</sup> inicio de folio 257.

prostituye al placer, y va a buscar sus inspiraciones en<sup>13</sup> ese piélago envenenado de miserias y flaquezas, en donde van a hundirse y perder las más sagradas aspiraciones que ennoblecen a la humanidad. No en vano decía, pues, que la religión es quizá la principal manifestación del Medio Social, porque ella o envuelve al arte en una atmósfera corruptora que le envenena y ahoga, o le hace absorber un ambiente deleitoso y vigorizador que acrecienta sus fuerzas y le hace adquirir otras nuevas.

La organización política, de las sociedades, quizá de una influencia tan trascendental para el arte como la que ejerce la religión: dondequiera que se encuentren un conjunto de individuos, cuyos tendencias, costumbres, idiomas y creencias los lleva a refundirse en un todo colectivo que les ofrezca mayores garantías de hacer efectivos inclinaciones legítimas, dondequiera que el hombre se pone en contacto con seres que, como él, no cuentan con medios bastantes para dar, por sí solos, debida satisfacción a sus necesidades, y vislumbra las grandes ventajas que les reportaría su recíproca unión por lazos tales que los obliguen mutuamente a transmitirse los medios necesarios de que carecen; dondequiera, en fin, que se tocan diversos miembros de la humanidad que vegetan en un círculo estrechísimo, e impotentes, por su aislamiento, para realizar la tarea que les corresponde en la conservación del orden universal; respiran a una refundición de sus fuerzas que, a la par que les garantice la realización de sus destinos, les haga más asequibles los ásperos senderos que los separan de ellos; organizada esa misión, fruto necesario de los impulsos naturales y de las tendencias instintivas que llevan al hombre a constituirse miembro de una sociedad, sobreviene un acuerdo, obra del raciocinio y de la libertad, por el que todos acuerdan conviene en sujetarse a determinadas disposiciones y en adoptar cierta manera de ser. Más, las necesidades que se acrecen, a medida que en más vastos horizontes se ejerce la actividad humana, las aspiraciones, por lo general<sup>14</sup>, reprensiblemente exageradas, la desproporción en los medios con que cada uno cuenta, los cálculos egoístas y otras causas innumerables, dan a cada una de estas sociedades un colorido especial y distinto, que se manifiesta por su organización social; de aquí los variados matices y el diverso número de instituciones políticas. Esa tendencia a la centralización de las fuerzas que nace de una manera espontánea e inconsciente, fundada por la necesidad y por impulsos naturales, es, por lo mismo común a todos los seres de nuestra especie, en todas las edades; el rudo salvaje

---

<sup>13</sup> inicio de folio 258.

<sup>14</sup> inicio de folio 259.

que se somete a las órdenes caprichosas de un jefe que manda el castiga, según su voluntad; el hombre culto, cuyos desvelos se refieren al afianzamiento y reforma de las instituciones sociales; los hombres de las primeras edades del mundo y los que hoy absorben el ambiente civilizador del ilustrado siglo 19; todos han cedido y seden al impulso irresistible de esa tendencia natural; ella nos domina instintivamente y al empujarlos a la vida social, de nacimiento a ignoradas necesidades y a nuevas obligaciones: ese nuevo estado, imprime a su vida intelectual un nuevo giro, del que depende su florecimiento o retroceso; su situación en la sociedad le preocupa constantemente, sus relaciones con los poderes que la gobiernan le inspiran una regla a la que tiene que adaptar los actos de su existencia, y su vida íntima, plegándose a las exigencias de lo exterior y amoldándose, por decir así, a su modo de ser, busca ahí sus inspiraciones, sus sueños, los ideales y las ilusiones que halagan y alimentan a su alma. He aquí, señores, la gran influencia ejerce las instituciones políticas sobre el arte; sobre el arte que es el fiel trasunto de la vida de los pueblos, y que, como estos, sigue el impulso que imprimen las instituciones políticas; encarnación la más genuina del pensamiento de las sociedades, son el árbitro supremo que deciden sobre su destino, comprimiendo o alentando a la inteligencia, esterilizando o protegiendo<sup>15</sup> al genio, prostituyendo o divinizando al arte.

La instrucción y las costumbres constituyen otra manifestación, del Medio Social. Nada entraba más el arranque con que el pensamiento ansía lanzarse en las desconocidas regiones del saber, ni nada estrecha y vicia más los impulsos del corazón que el deletéreo ambiente que, en pos de sí, traen consigo ineludiblemente la ignorancia y la salvaje vida del espíritu. Un hombre que ha ido desarrollándose, abandonando a si mismo, sin que su inteligencia logre emanciparse de las espesas nieblas que siempre la cubren en la infancia, y cuyo corazón sólo obedece a los instintos rudos que engendra en él una existencia oscura; por más que sienta bullir en su mente el sacrosanto fuego de la inspiración, por más que su alma, a pesar del oscurantismo que la ahoga, se sienta con fuerzas para lanzarse en el postizo mundo de las idealidades, siempre tendrá que escollar y detener su vuelo ante la valla que le opondrá la falta de instrucciones, que una parte, la rudeza de su corazón, por otra: sus creaciones monstruosas por ser fruto de un genio agreste, serán la obra exclusiva de una imaginación desordenada o delirante que, sin escuchar los avisos de la razón, se deja arrebatar y seducir ya por quiméricas

---

<sup>15</sup> inicio de folio 260.



ilusiones o engañosas apariencias, ya lisonjeada por los ficticios placeres de una sensibilidad inculta, y por lo mismo, en demasía impresionable. Este es el efecto menos desastroso que produce, en una inteligencia naciente, la falta de educación moral e intelectual: el hombre cuyo genio se desarrolla abandonado a sus solas fuerzas naturales, se haya amenazado de extravío, y por lo general, se condena a un prolongado sufrimiento: la razón opina si toma parte en sus determinaciones en muy pequeña escala, porque, aparte de ser su desarrollo inferior al de las otras facultades, el sentimiento se aprovecha de ese desequilibrio de fuerzas para usurparle su ministerio, y es ella la que gobierna y decide los actos, de su voluntad; pero ciego como es el corazón, y más susceptible<sup>16</sup> de extravío, a medida que se despoja a la inteligencia de sus funciones exclusivas, acoge con facilidad todo lo que le hace gozar, sin distinguir las falsas bellezas, sin quilatar en su justo valor las verdaderas, y sin prever las consecuencias desastrosas de un engañoso placer; y una sensibilidad, señores, que abandonada de la razón procede sin discernimiento, obedeciendo sólo a impulsos inconscientes o a las traidoras seducciones de la pasión, halla, al fin de su carrera, uno de estos dos lamentables términos: o bien, frenética por un inmoderado deseo de gozar, no se satisface ya con las emociones delicadas y puras del espíritu, sino que busca ansia el estruendoso deleite de los sentidos; o hastiada al fin de los placeres que ha disfrutado en el mundo, sin que ninguno hubiera sido bastante para calmar su avidez, se hunde en una losa indiferencia; aquél es el materialismo en toda su repugnante deformidad, este es el escepticismo grosero de un espíritu cansado; el primero significa el extravío del alma, el segundo la muerte del pensamiento, y ambos representan el cortejo fúnebre del arte y de la civilización. ¿Y cuál es la causa generatriz de este funesto resultado? La falta de ideas luminosas en la inteligencia, la carencia de sentimientos morales en el corazón; es decir, la falta de instrucción, la falta de educación: dos faros refulgentes cuyos raudalo (o rayos)<sup>17</sup> de luz rompen las tenebrosas nieblas que ocultan a la humanidad sus destinos eternos; dos motores poderosos a cuyo irresistible empuje desaparecen los obstáculos que oponen al libre vuelo del genio, la ignorancia y las malas pasiones del arte, pues, está condenado a perecer cuando se sustenta en una sociedad ignorante o corrompida, y el poco aliento que le podrían inspirar genios que se desarrollan según sus impulsos naturales, sería prontamente sofocado, porque le vida de estos es fugaz, como la de las plantas que arrancadas de su suelo, se transportan a regiones cuyas

---

<sup>16</sup> inicio de folio 261.

<sup>17</sup> añadidos o aclaraciones de la transcripción siempre aparecerán entre paréntesis.

condiciones climáticas son enteramente distintas, y muere por falta del ambiente vigorizador que suministran la institución<sup>18</sup> moral y científica, como mueven los nobles sentimientos y las altas aspiraciones, cuando absorben la atmósfera envenenada de la degradación y de la esclavitud; y así como esas elevadas tendencias del hombre libre, son sustituidas por las inclinaciones groseras del esclavo, así el arte, rodeado de ignorancia y corrupción, en lugar de transportarnos, con sus obras a celestiales regiones, donde parece que el espíritu respira un ambiente embalsamado y goza de delicias divinas, ofrecerá el infame bosquejo de escenas repugnantes, donde se manifiesta la pasión en toda su horrible desnudez, y el brutal deleite de los sentidos en sus más cónicas manifestaciones.

Sino tan trascendental como las anteriores, no carece de importancia el influjo que hacen sentir sobre el arte, especialmente sobre la pintura y escultura, los tipos humanos de belleza que ofrece a la contemplación del artista la sociedad en que vive. El genio se desarrolla alimentado por esta y por la naturaleza, y sus concepciones, o bien reproducen sencillamente las escenas de una y otra, o bien enardecido por la espléndidez de las bellezas que le circundan, concibe un ideal supremo, formado con los más acabados elementos que toma de los modelos que le inspiran: en cualquiera de estos casos; sea que el artista reproduzca la naturaleza, sea que pretenda mejorarla, no sólo no alcanzará el progreso, que se propone, ni sus obras obtendrán estimación, porque representan el lado vulgar de la naturaleza, sino que jamás lograrán remontarse a la concepción de ideales perfectos, si los tipos humanos que están a su alcance carecen de armonía y expresión, si falta en ellos la morbidez de las formas, la regularidad de los contornos y lo acabado de los perfiles, si no se descubre la distinción de cada una de las partes, la flexibilidad y elegancia del todo. Por el contrario, el artista que puede tener al alcance de su genio tipos tan hermosos como los de las antiguas doncellas del Eurotas, o los de las mujeres circasianas y de la Cachemira, es indudable que sin mucho esfuerzo logrará producir<sup>19</sup> obras que como las esculturas de los griegos formarán la desesperación de los que pretenden, para el arte, una mejora imposible, un progreso que no se alcanza. Sucede con la pintura y escultura y los tipos humanos de que toma sus inspiraciones, lo que a la arquitectura con los materiales de que dispone; pues así como ésta sólo puede levantar monumentos frágiles, cuando la naturaleza le suministra

---

<sup>18</sup> inicio de folio 262.

<sup>19</sup> inicio de folio 263.

materiales poco consistentes, aquellos no producirán sino insignificantes medianías, si la sociedad en que fructifican les presenta tipos comunes.

Finalmente, la consagración del artista a la concepción y expresión de ideal, supone de parte del gobierno y de la sociedad en general, la más decidida protección; de lo contrario se fomenta el desaliento, y la desesperación consiguiente a la carencia de medios para darles vida a las obras, va minando paulatinamente el vigor de las artes, cuya decadencia se declara en breve. La concepción de ideal requiere el artista se entregue exclusivamente a sus inspiraciones, que elabore mentalmente su obra, y, por lo mismo, que se le provea de los medios de subsistencia, para que los cuidados de la vida común no distraigan o amengüen sus inspiraciones. Pero no basta aún: poco importaría el artista tuviera concebida su obra, y nada se adelantaría conque esta fuera un acabado modelo, si al tratar de darle vida se encontraba que, por sí solo y sin protección del gobierno y de la sociedad, sería impotente para sacar el producto de su genio, de la espera puramente intelectual. Por eso es que los gobiernos se preocupan constantemente de las artes, cuyo progreso o estancamiento han sido la consecuencia lógica de las vicisitudes de aquellos; cuando las sociedades se han sentido amagadas de muerte, sea por los horrores de una invasión, sea por los estragos, de sus vicios; languidece y se abate el arte, falto del abrigo vivificador conque le cobija el florecimiento de las naciones, como se doblega y marchita la humilde planta al impulso mortífero de un vendaval deshecho. Por el contrario<sup>20</sup>, cuando todo respira una savia agitación, cuando el movimiento domina en todos los espíritus, produciendo el bienestar y una fructífera tranquilidad, entonces los gobiernos dirigen sus miradas a esa práctica institutriz de los espíritus, la animan en sus luchas y facilitan sus victorias; entonces las artes se alzan espléndidas, y favorecidas por el concurso del centro cuya savia las nutre, ostentan su lozanía en multitud de inmortales monumentos, recreo del espíritu y orgullo del inteligencia.

### III

Los principios generales que he dejado establecidos en la parte primera de mi tesis, encuentran su más palpable confirmación en los hechos que la historia consigna en sus páginas; ello prueba con los incontrastables argumentos de los sucesos que desde

---

<sup>20</sup> inicio de folio 264.

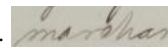
las primeras edades del mundo, en que se anunciaron los albores de las artes al través de los siglos, hasta los tiempos, de la Edad Moderna, ha sido poderosa e inevitable la influencia que han ejercido sobre ellas las diversas manifestaciones del Medio Social:

Al salir el hombre de las manos su Creador y al contemplarse señor de la suntuosa morada que el Eterno le considera, su primer impulso fue entonar un cántico en acción de gracias al Supremo Hacedor de tantas maravillas; tal fue el origen de la música que como se presta tanto a la expresión de los afectos humanos, llevó desde su nacimiento una vida estrechamente ligada a las ceremonias del culto: esto es lo que manifiesta la historia artística de los pueblos: entre los hebreos, y durante el reinado de David, asistían a las celebraciones religiosas cuatro mil músicos con doscientos ochenta maestros; los lidios, cuya mitología se señalaba por un cierto tinte de gravedad, inventaron el modo que lleva su nombre y que, por lo general, era sombrío, grave y melancólico; los griegos y romanos, cuyos dioses, manchados con todos los vicios y flaquezas de nuestra humana condición, eran los primeros en dar vergonzosos ejemplos de una<sup>21</sup> corrupción e inmoralidad supremas, tuvieron una música sensual que simbolizaba el doble abuso del error y de la voluptuosidad; apareció luego el cristianismo rasgando los tenebrosos velos que segaban al mundo pagano y en la reacción que encarnaba, rechazo esa música corruptora, infame reflejo de vergonzosos costumbres; más, como los sentimientos religiosos y el entusiasmo cristiano no podían resignarse a permanecer mudos, sino que habían menester de expansión, introdujo S. Ambrosio el canto llano, el carácter severo y grave se prestaba a reflejar el austero sentimiento de los primeros prosélitos del cristianismo; más tarde y en el siglo VI, cuando la mejora de las ideas y de los sentimientos exigieron un órgano más adecuado, S. Gregorio Magno perfeccionó dicho canto, y los siglos posteriores presenciaron los progresos la música marinar<sup>22</sup> de acuerdo con la religión: en 1041 un fraile, Guy de Arezzo inventó el uso de las dotaciones y simplificó el sistema musical; más tarde, Palestrina, encargado por el cardenal C. Borromeo que compusiera una obra adecuada a los oficios religiosos, produjo la música papal, verdadera inspiración que salvó a este arte del aniquilamiento a que la habían condenado el Concilio de Trento y los consejos del Padre Santos algunos años después, S. Felipe Neri compuso la música llamada de oratorio; y en las postrimerías del siglo XVIII Florencio Pergoleso tan celebrado por su "Stabat Mater" en que con suma maestría, expresó los dolores de la Virgen Madre; por

---

<sup>21</sup> inicio de folio 265.

<sup>22</sup> interpretación de la transcripción pues en el texto original se observa:



último, Rossini, Bellini y otros eminentes músicos italianos, contemporáneos de nuestro siglo, han buscado en el sentimiento religioso el manantial de sus más preciadas inspiraciones. España en el siglo XVI aventajaba a la misma Italia en la música, puesto que de su seno y de los Países Bajos salían los artistas para proveer el coro de Su Santidad, recuerda con orgullo al ciego Salinas, primer músico de su siglo y cultivador apasionado del género sagrado.

Finalmente<sup>23</sup>, la música alemana a cuya grandiosidad no ha llegado otra alguna, y que recuerda con complacencia el ilustre triunvirato compuesto de Haidn, Mozart y Beethoven, registra entre su brillante repertorio es sublime "Réquiem" de Mozart, obra religiosa que arrebató y extasió al alma, y bastante, por sí sola, para encumbrar el nombre inmortal de su autor.

El cuadro, que ofrece el arte musical desde su cuna, representa también el nacimiento y desarrollo de la poesía, la aurora de ambas despuntó al mismo tiempo, sus progresos han sido guiados por una ley común, su encumbramiento fue inspirado por el sentimiento idéntico; en efecto; estudiar el asunto de los más grandiosos monumentos de la literatura, es asistir al espectáculo que ofrece la religión influyendo sobre la poesía; los más grandes frutos de los genios literarios han sido fecundados por un sublime sentimiento religioso: Homero, en sus epopeyas la "Iliada" y la "Odisea", se preocupa más de los dioses del Olimpo que de sus mismos héroes; Virgilio hace consistir la trama de su "Eneida" en las desgracias por mar y tierra que el implacable odio de la diosa Juno concita contra el troyano Eneas; La Divina Comedia del Dante; "La Jerusalén Libertada" del Tasso, "El Paraíso Perdido" de Milton, "La Mesiada" de Klopstock y "La Cristiada" de Hojeda, indican por sus nombres ocuparse de los sublimes episodios de nuestra santa religión. Si de la epopeya pasamos a la poesía lírica, encontraremos el mismo hecho; los hebreos, cuya vehemente imaginación y exquisita sensibilidad se enardecían con los hechos portentosos con que el Todo Poderoso les manifestaba su omnipotencia, poseyeron un lirismo a cuya sensibilidad no ha llegado ningún otro pueblo; su gran legislador fue también el poeta lírico más inspirado, si sus dos soberanos predilectos se remontaron a la más sublime poesía. No hay nación alguna que pueda oponer a tan ilustres vates otros que, como ellos, hagan sentir al alma ese dulce arrobamiento y éxtasis purísimo en que se sumerge al leer sus cánticos inmortales<sup>24</sup>; porque nada es capaz de engendrar un amor tan puro y tan ardiente como la idea del

---

<sup>23</sup> inicio de folio 266.

<sup>24</sup> inicio de folio 267.

Sumo Bien que arrebató la fantasía y seduce a la voluntad. "El Cántico de los Cánticos" es el bello ideal del idilio, el modelo que por la viveza de las descripciones y la dulzura del sentimiento, se eleva sobre todo lo más grandiosos que ha producido la poesía lírica profana: y "El Cántico de Moisés después del pasaje del Mar Rojo" es el más bello fruto de un espíritu penetrado por el ardor de una fe verdadera y por la intensidad de un amor divino.

Entre los griegos cuenta la poesía lírica un gran número de célebres poetas que encontraron en los templos sublimes himnos en honor a los dioses, y entre otros alcanzaron una gran nombradía: Cleanto el estoico, y el popular Calimaco. Los romanos, siguiendo el impulso de esa ley que impulsa a los pueblos a dirigir preces al Autor de todo lo creado, recuerdan un gran número de composiciones sagradas que se empleaban en las ceremonias religiosas, siendo dignas de especial mención. "El saliere" del Numa que los sacerdotes cantaban en honor de Marte, y que "El Carmen Saeculare" de Horacio. Finalmente, en los tiempos modernos, entre un sinnúmero de grandes bardos sagrados, descuella Fray Luis de León, cuya composiciones originales de este género son otras tantas inapreciables joyas de inspiración sagrada.

La misma poesía dramática que por su carácter y condiciones parece sustraerse del influjo religioso, ha tenido que sujetarse a él, desde que hizo visibles sus primeros destellos: las festividades del dios Baco, en los tiempos antiguos, dieron ocasión a la comedia y tragedia griegas; y las más solemnes fiestas de nuestra religión fecundaron las primeras piezas dramáticas de la gran escena española, y han sido el tema inagotable en el que ha encontrado su renombre preclaros genios.

Si grande es la influencia que la religión ha ejercido y ejerce sobre la música y poesía, mayor es la que ha hecho sentir sobre la Arquitectura, Escultura y Pintura:

Los<sup>25</sup> más acabados monumentos, los que, por su grandiosidad y elevación, descuellan sobre todo lo que se ha producido en estas artes, son el reflejo de un sentimiento ostensiblemente religioso; no otra cosa simboliza: las pagodas de los indios, los Pireo de los persas, el Denderah egipcio, el templo grandioso de Belo, el más magnífico de Salomón. Si de la civilización oriental pasamos a la de Grecia y Roma, la fantasía se enardece y se siente subyugada ante el maravilloso espectáculo de sus soberbios templos: el de Apolo en Delfos, el de Diana en Efeso, el de Júpiter Olímpico en Atenas, y sobre todos, el sin rival Partenón, son múdelos de arquitectura que los genios de

---

<sup>25</sup> inicio de folio 268.

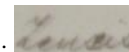
nuestros tiempos se consagran a imitar. En Roma, el Panteón, los templos de Apolo Palatino, Marte Vengador y Júpiter Tonante, y los de Hércules, las Musas, el de Diana, la Libertad y el de Saturno, son bellísimos monumentos, y expresión la más artística, de un fervoroso amor a la divinidad.

Investiguemos este hecho en la Escultura y siempre se obtendrá inéditos resultados. Los indios, admitiendo en su mitología encarnaciones múltiples, reflejaron en sus obras esculturales las absurdas creencias que la casta sacerdotal hizo fructificar en sus inteligencias; sus ídolos, monstruos concebidos por una imaginación poderosa y delirante, son la representación informe de un conjunto numeroso de miembros pertenecientes a un solo tronco. Los egipcios, dominados por las más risibles supersticiones, y prostituyendo sus creaciones hasta humillarse ante las más humildes y a veces, inmundas producciones de la creación, tenían su espíritu como encadenados y comprimidos, les faltaba alientos a su genio, expansión a su inteligencia, y por eso, sus tipos son rígidos, faltas de gracia, variedad y morbidez. Por el contrario en la Grecia, las ideas religiosas enteramente distintas a las que dominaron en el Oriente, facilitaron a la Escultura sus conquistas; pero como ese sentimiento se habría prostituido, hasta perder su carácter puro y sacrosanto, para convertirse en grosero y degradante; como el griego sensualista<sup>26</sup>, más que a ennoblecerse y purificarse, aspiraba a la satisfacción refinada de sus tendencias carnales; las estatuas de sus divinidades y sus héroes son la encarnación más acabada de una belleza inimitable por la regularidad de las formas la corrección de los perfiles y lo armonioso del conjunto, pero que no elevan al espíritu sobre lo material y perecedero; son bellezas que hablan a los sentidos, pero que son mudas para el alma, donde esta no encuentra el más tienen eco; fascinan a la imaginación y exaltan al sentimiento, pero nada dicen de la belleza suprema, ni siquiera en la hacen presentir; quizás la Minerva de Fidias y su Júpiter Olímpico sean una feliz expresión; pero expresión que lejos de debilitar nuestro juicio por el contrario lo refuerza, porque el inmortal escultor ateniense en la incubación de sus dos sublimes producciones, vislumbró la sabiduría y omnipotencia divinas; no se circunscribió, como Zeus<sup>27</sup> a inspirarse en las bellezas imperfectas de la humana especie, sino que reforzado por la filosofía, quiso imprimir en el mármol la grandiosidad de un Ser Todo Poderoso. ¿Qué queda después de Fidias? ¿Qué después de su Minerva y Júpiter Olímpico? Escultores

---

<sup>26</sup> inicio de folio 269.

<sup>27</sup> interpretación de la transcripción porque no se entiende la palabra del texto original:



que brillan en el firmamento del arte como astros más o menos luminosos, pero cuyo brillo sólo es perceptible para los sentidos y enteramente opaco para el corazón; estatuas de Venus, Junos, Apolos y otras divinidades, genuinas encarnaciones de bellezas voluptuosas, que arrebatan a los sentidos y los enajenan, bellezas que se apetecerían como instrumentos de placeres momentáneos, pero que no levantan al espíritu a lo ideal y noble, que son impotentes para hacerle gozar con los inefables goces de una alma sensible y pura.

Brusca transición y notable diferencia se observan al estudiar la escultura cristiana; en esta no se trata ya de las fugases impresiones de la materia, aquí todo se dirige al alma, sólo para ella trabaja y combate el arte; ya no procura agradar al cuerpo, presentándose ataviado con todas las seducciones que pudieran hacerle sucumbir; ahora se ofrece desnuda de todo falso ropaje y con el sólo vestimento sencillo y austero que con tan irresistible poder fascina al alma y que con tanto<sup>28</sup> acierto asegura sus triunfos. Presenciad, sino, la grandiosa estatuas de Moisés, del portentoso genio de Miguel Ángel Buonarotti; ante esa apreciación sublime del gran legislador hebreo, el pensamiento se concentra y el espíritu todo se siente subyugado; al momento abarca, por un solo impulso y en una sola concepción, ese conjunto de episodios sorprendentes que constituyeron la vida de los descendientes de Jacob y teórico el mundo sólo se los explica recordando la santa misión de ese pueblo extraordinario.

Finalmente, la Pintura apenas ha dado un paso en su perfección, apenas ha conquistado un progreso que en sus vacilaciones haya sido sostenida por su sentimiento religioso y que en su marcha no haya sido guiada por un amor a la divinidad. No citaré la pintura de los tiempos antiguos, porque si bien es cierto que cuenta nombres tan ilustres como los de Polignoto, Apolodoro, Zeusis, Parrasio, Apeles y Protogenes; la carencia casi total de obras para juzgarlos, y la poca trascendencia que han tenido en los procederes generales posteriores, disculpan, sino justifican, esta comisión. Pero recorramos la vida de la pintura desde el siglo X, es decir, desde la época en que Cimabue inició la revolución aristocrática que tanta gloria dio a la Italia y tan proficuos resultados produjo para la civilización, y encontraremos que cada uno de sus triunfos, ha sido debido a la inspiración religiosa, que cada una de sus obras es la consagración, ahora de un principio teológico, ahora de un episodio sagrado. En efecto: "La Virgen del Niño" principal producción de este genio, es también en la primera obra celebrada

---

<sup>28</sup> inicio de folio 270.



que se presenta o en orden al tiempo y que permitió entrever las altas aspiraciones de este arte y el gran encubrimiento que le esperaba en épocas muy cercanas, reflejaron en sus pinturas ese espíritu ascético idealista que rodeaba a sus figuras de cierto arrobamiento y purga angelicales. Aparecen después los astros refulgentes de la pintura, esto es, Leonardo de Vinci en 1452, y Miguel Angel Buonarotti en 1474, el primero inimitable en su célebre cuadro de "La Cena", el segundo sorprendentes en su grandioso fresco de "El Juicio Final", clarísima revolución de lo sublime en el arte<sup>29</sup>. La escuela romana, que sigue a la florentina, se enorgullece con Rafael Sanzio, inmortal artista cuyo genio portentoso el conquistó el envidiable título de divino: su cuadro "El desposorio de la Virgen" que trabajó en los albores de su vida pública; sus renombradas madonas que tan justa celebridad han adquirido; sus cuadros: "La disputa del Santísimo sacramento", "El Parnaso de Sicilia" y sobre todo, la maravilla del arte, el incomparable cuadro de "La Transfiguración", son las obras que con especialidad han hecho de Rafael uno de los astros refulgentes que resplandece con brillo inextinguible, alumbrando los horizontes vastísimos del arte. El Ticiano que descuella entre los pintores de la escuela veneciana, y superior al mismo Rafael, por sus incomparables retratos, hizo de los diversos episodios de la religión cristiana (,) el manantial preferente que fecundó a su genio; tal es lo que se debe presumir de los ascéticos cuadros: "La Magdalena" y "S. Sebastián" que tanto han contribuido para colocar a este artista entre las eminencias de la pintura. Pablo Veronese, afiliado a esta escuela y discípulo de Ticiano, acudió también a la religión e inspirándose en uno de los santos episodios de la vida del Redentor, nos ha legado en su cuadro "Las Bodas de Canaán" una preciosa muestra de su ilustre pincel. No menos grande que los anteriores y superior a muchos, por su pintura, gracia y delicadeza, es el inmortal Corregio; principal y más grande representante de la escuela lombarda. Sus célebres frescos: "La Asunción", "La Ascensión" y "La Adoración de los Pastores", son las robustas columnas sobre que descansa el edificio soberbio de su gloria. El Dominiquino, pintor de la escuela ecléctica de Boloña, haciéndose superior a las mezquinas rivalidades que coactaban el poder de su genio, nos ha dejado una joya, de valor inapreciable, en su cuadro "La Comunión de S. Gerónimo" donde la unción y caridad disponen al alma a la meditación y el recogimiento. El Guerchino, que siguió sus huellas y cuyo carácter acrítico le impulsaba a la representación de los dolores de la humanidad, funda todo su mérito en su obra

---

<sup>29</sup> inicio de folio 271.

maestra "La Despedida de Abraham y de Agar". Finalmente, las escuelas napolitana y genovesa aunque cuentan notable número de pintores<sup>30</sup>, ninguno de ellos sobresale entre lo escogido del arte.

La de la civilización meridional, pasamos a la austera cultura del septentrión, encontraremos la escuela flamenca, además de Juan Hemling que se inmortalizó por sus cuadros religiosos, el eminente Rubens cuyo inspirado pincel produjo la obra inimitable del: "El Descubrimiento", verdadera inspiración sagrada y legítima complacencia de las artes. En España, tercera nación en la que la pintura se ha elevado a una altura sorprendente, dan merecido renombre a su patria. Velásquez uno, Murillo y Rivera, célebre triunvirato en el que los dos primeros, están considerados en el brillante lista de las eminencias artísticas; el primero sólo se cuidó de pintar la naturaleza, haciendo olvidar, por la magia de su pincel, lo que hay en ella de prosaico o de vulgar; el segundo se inspiró también en la naturaleza, pero en mayor escala, porque estaba dominado por un sentimiento religioso sin igual; Murillo es el que con mayor maestría ha representado la imagen de María y los éxtasis de los santos, como puede verse en su "S. Antonio", y el que con más ahínco ha buscado en los purísimos manantiales de la religión (,) la base y razón de ser de su gloria. Los cuadros: "La Purísima Concepción", "El Niño Dios", "Moisés golpeando la roca", y, sobre todos, el asombroso cuadro de su "Sta. Isabel", son las más acabadas producciones de su genio ilustre, y las que legitiman la admiración suprema que su pincel ha producido en las generaciones que le siguieron.

La imparcial lógica de los hechos, comprueba, pues, la influencia, ahora benéfica, ahora perniciosa, de la religión sobre el arte, y prueban que no ha habido un gran pintor que la haya invocado para robustecer su inspiración, y lo que más acabadas producciones de la pintura, no son sino la vida palpitante de un sentimiento religioso.

El mismo fruto se obtiene de investigar históricamente la influencia de las instituciones políticas sobre el desenvolvimiento del arte. ¿Cuál fue una de las principales causas de la inmovilidad asiática y de la casi inacción del<sup>31</sup> arte de oriente? ¿Cuál lo que apago el opaco brillo que luciera en algunas cámaras del Levante<sup>32</sup>? ¿y cuál, en fin, lo que ahogo en sus gérmenes entusiastas genios e hizo infructíferas las semillas fecundas que sembrarán en inteligencias bien preparadas? Esa causa, que tan desastrosos males promovió para el arte, fue férreo despotismo que comprimiendo las

---

<sup>30</sup> inició de folio 272.

<sup>31</sup> inició de folio 273.

<sup>32</sup> se refiere al Oriente.

libertades, asfixió al pensamiento, robándole el vigorizador ambiente de su independencia. Idénticas causas originaron los mismos efectos en Esparta, pueblo en el que se reglamentaban los más triviales actos de la existencia individual, pueblo que restringió, por sistema, el pujante vuelo del pensamiento, pueblo, en fin, que sólo ansiaba inculcar en sus hijos los feroces instintos de un guerrero salvaje; no aparece en la historia artística de la Grecia sino como el monstruoso aborto de una nación privilegiada en lo que todos los elementos concurrían al florecimiento del arte. Por el contrario Atenas y Roma, gloriosos santuarios artísticos que las posteridades han venerado y veneraran, encontraron en sus gobernantes los principales impulsores de sus adelantos; ellos disminuyeron las contrariedades que desalentaban a los genios, ellos fortificaban con esperanzas y halagos a los artistas desconfiados, ellos, en fin, daban alicientes a los espíritus decaídos y amenguaban la penosa lucha de inteligencias agotadas ¿cuál fue, señores, el tiempo en que desapareció la aurora de las artes en Atenas, para ostentar en toda su grandiosidad el espléndido día de sus triunfos? El siglo de Pericles; esto es, la época en que se sancionó la ley que daba opción a los cargos públicos a todos los ciudadanos, sin considerar su clase, ni su fortuna, es decir, la época en que se promulgó la igualdad civil y política de los atenienses. Se dirá quizás que Pericles, sino tenía el título de rey, mandaba a su capricho, ejerciendo un poder ostensiblemente soberano, y que por lo tanto, el arte debía haber languidecido porque su coexistencia es imposible con el poder absoluto de los reyes. Más, debe tenerse en cuenta que, aparte de existir las libertades en la forma, el gobierno de Pericles debe resumirse en estas palabras: "el bien público; jamás abuso del poder que sólo conservó en provecho de los conciudadanos, ni nunca inculcó en el ánimo<sup>33</sup> de los atenienses otros principios que no fueran los de gloria para la patria. En Roma encontramos el mismo hecho: fue en los albores del imperio, y el tiempo de Octavio Augusto, que registra la historia artística, de los latinos sus páginas más esclarecidas; entonces perecieron los artistas más preclaros y los más insignes poetas; Roma se engrandecería con sus construcciones, arquitectónicas, a la par que se ilustraba por sus monumentos literarios, y ese gran movimiento intelectual que se venía elaborando desde muy atrás, recibió un gran impulso de su gobierno político. Ciertamente que mismo Augusto; en el concepto de algunos, aunque comprendía todo el poder de la ciencia y del arte, no los lisonjeaba sino para esclavizarlos; por eso es que, con fundada razón, se ha dicho que si

---

<sup>33</sup> Inicio de folio 274.

Virgilio y Horacio hubieran vivido en tiempos anteriores su poderoso genio les habría adquirido una gloria sin rival. Por lo demás como que el arte vive de ideales que vienen elaborándose paulatinamente, una vez que se forman abandonan necesariamente el mundo de las ideas para traducirse a la vida externa, como se desprende naturalmente el maduro fruto que no puede sostenerse ya en las ramas de su planta; esta es la causa porque a pesar del absolutismo del primer emperador romano, el arte consiguió su mayor desenvolvimiento, pero circundando como estaba por la atmósfera deletérea de la opresión, no alcanzó una vida más prolongada, ni fue dichoso en su fugaz existencia, de fecundo y brillante que una, se tornó en infructífero y desconsolador, agostado por el envenenado soplo de la esclavitud, como se convierte en árida y deslucida, la risueña campiña que calcino la ardiente lapa lava de un volcán en erupción. Olvidemos la Roma antigua y entendamos la vista por la Italia de los siglos XIV, XV y XVI; una productiva actividad reina por doquiera, las clases sociales se conmueven, se tocan y alternan, ansiosas de contribuir al renacimiento de las artes y de las letras; los papas, reyes y duques, los poderosos, artistas y plebeyos, se estrenan y obran impulsados por una mira común; Nicolás V; Julio II, y León X, en Roma, Cosme de Médicis y Lorenzo el Magnífico en Florencia, los Visconti y Sforza en Milán, los Gonzagas en Mantua, los Estes en Ferrara y Alfonso V en Nápoles, dominados por una misma admisión sueñan en el renacimiento artístico y literario. Pasamos a la España y se verá a Fernando el Magno, a Alfonso el Sabio a Sancho el Bravo, D Juan el 2º y a otros monarcas, preocupados constantemente de sus literatos, animar en sus luchas a los artistas. Detengámonos, finalmente, en Francia y el espléndido siglo de Luis XIV y se verá a este soberano promover discusiones, alentar al genio, recompensar al mérito y, en una palabra, divinizar el arte.

Ya veis, señores, como la historia bosqueja un cuadro tangible, lo que yo, en la 1ª parte de mi discurso, sólo delineé en abstracto. Quisiera tener mayores alientos para seguir, paso a paso, la historia del arte y de las sociedades y se han desenvuelto, y os demostraría, más convincentemente, cuanto es de esperarse de un formidable medio social, cuanto debe temerse del influjo deletéreo de una sociedad corrompida. Siento que mi obra se haya prolongado ya en demasía, para poder deciros algo más sobre la historia de influencia que sobre el arte han ejercido la instrucción y la educación, los tipos humanos de belleza y la protección del gobierno y de las sociedades; llego al fin de mi tarea, y apenas si mi planta huella los dinteles de la senda que me proponía osado recorrer; vasto campo (,) queda todavía donde pueden ejercer su pujanza (,) genios

esclavizados, anchurosos horizontes e investigar se ofrecen a inteligencias más desarrolladas y felices. ¡Ojalá que emprendan con perseverancia, tan noble tarea, cosecharán gloria eterna para sí, inmarcesibles laureles para el arte!-He dicho-

Lima Mayo 9 de 1878.

Emiliano Vila.